

Pelota caliente



"Todos tenemos derecho a un día de gloria antes de morir."

Don Larsen

Diego Mejía Eguiluz

Facultad de Filosofía y Letras

Ortiz, un pelotero joven y virgen, realiza un milagro. Claro, en esto del beisbol, como en la guerra y el amor, todo se vale. Diego Mejía cuenta esta historia de amores difíciles y pelotas difíciles. Un cuento cuya semejanza con la realidad es mera coincidencia.



Calentando el brazo

Y pensar que todo esto inició con un accidente.

El lanzador anunciado ese día por nuestro equipo —los Rieleros de Aguascalientes— se lesionó al querer lucirse delante de su novia. Siendo pitcher, y dado que en la Liga Mexicana de Beisbol se utiliza la regla del bateador designado, no era necesario que él realizara la práctica de bateo; sin embargo él insistió, mejor dicho rogó, para que le dejaran batear y así demostrarle a su pareja que él también podía pegarle a la bola.

Como no estaba acostumbrado a batear, el lanzador se paró demasiado cerca del home. Tan cerca que cuando abanicó la pitcheada, en vez de hacerlo con el bat, lo hizo con el brazo: la bola

hizo contacto con su mano izquierda, la de lanzar. La mano sufrió tal hincazón que nuestro manager se vio obligado a cambiar el line-up.

Lo peor de todo es que no íbamos a jugar un partido común y corriente, era el quinto juego de la serie por el campeonato de la liga, y aunque teníamos ventaja de tres juegos a uno, éste iba a ser el último partido que se celebraría en nuestro estadio. Si ganábamos, seríamos campeones; pero en caso de perder, la serie se trasladaría a Coatzacoalcos, Veracruz, donde estaban programados, en caso de ser necesarios, los encuentros seis y siete de la final, y nuestro rival, los Azules de Coatzacoalcos, era un equipo muy difícil de vencer allá en su casa.

Éste era probablemente el juego más importante de toda la serie y nuestro abridor, por querer presumir de algo que no sabía hacer, no podía lanzar. Por si fuera poco, el resto de la rotación abridora estaba muy trabajada. La serie había sido definida por algunos cronistas como "la reivindicación del pitcheo con el beisbol", (y es que esa temporada se caracterizó por la gran cantidad de homeruns que hubo —aunque ése sería el último año en que se utilizaba una pelota tan viva—) los cuatro partidos que se habían efectuado se decidieron por tres o menos carreras. Tres de esos cuatro cotejos se habían ido a extrainnings —el más largo fue de quince entradas—. Indudablemente el staff de pitcheo de ambos equipos estaba agotado. Por eso, con el imprevisto que se presentó, nuestro manager tuvo que tomar una decisión que en un principio consideré como suicida.

—Ortiz, toma tu guante y calienta, tú abres.

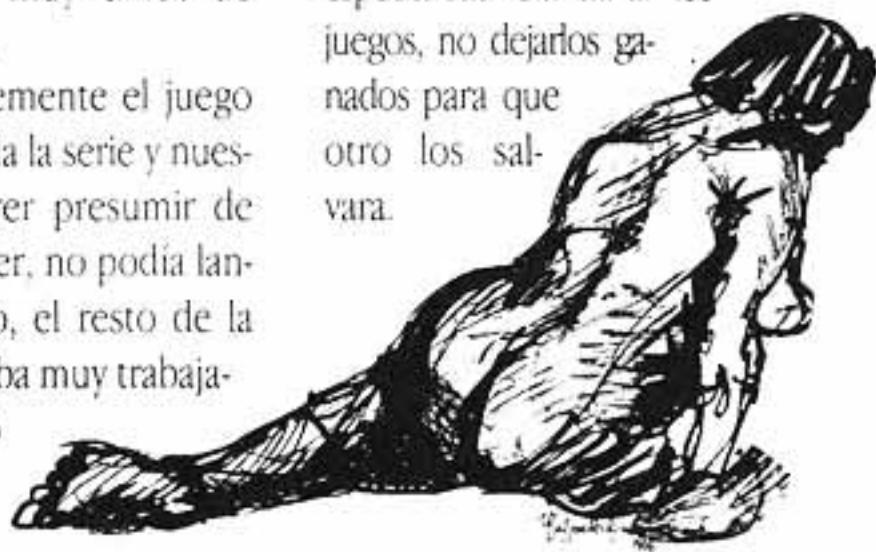
Muchos de nosotros pensamos: "Ortiz no está acostumbrado a abrir juegos, mucho menos a tirar más de

dos entradas, lo van a apalear". Pero el "jefe" sostuvo su decisión y abrió el juego con nuestro cerrador de lujo.

LA PRIMERA ENTRADA

El cambio en la alineación fue sorprendente para todos, en especial para los cronistas, que trataban de recordar la última vez que un equipo abrió el encuentro con un pitcher relevista.

Cuando el sonido local puso la canción "Transilvania", que era la que tocaban cuando Ortiz entraba a relevar —generalmente en la novena entrada—, los aficionados no sabían qué pensar. Aunque Ortiz era un buen lanzador, él era un novato cuya especialidad era salvar los juegos, no dejarlos ganados para que otro los salvara.



Los tres primeros bateadores de los Azules de Coatzacoalcos se fueron en orden: un roletazo a tercera, un elevado a segunda y un ponche. Siete lanzamientos bastaron para librar el primer escollo.

Nosotros en cambio aprovechamos el descontrol del lanzador de los veracruzanos para timbrar dos carreras.

Rieleros de Aguascalientes 2, Azules de Coatzacoalcos 0.

LA SEGUNDA ENTRADA

Como todo buen relevista, Ortiz estaba acostumbrado a que, cuando entraba a lanzar, tenía que tirar strikes inmediatamente para frenar el ataque

del rival. Y eso fue lo que hizo, bastaron sólo cuatro lanzamientos para dominar a sus adversarios.

Rola a segunda, rola al pitcher y foul a la primera.

Ortiz levantó la mirada a las tribunas pero no encontró a quienes buscaba. "A lo mejor llegan más tarde, pensó".

En esa entrada nos fuimos en orden.

LA TERCERA ENTRADA

Por cierto no me he presentado, mi nombre no importa, mi función dentro del equipo sí, yo era el coach de lanzadores.

—¿Quieres que mande a alguien a calentar al bullpen? —dije al manager.

—Deja primero que se meta en problemas —dijo el manager y se puso a mandar las señales al catcher, quien a su vez las envió al pitcher. Tres entradas, ya estaba en su límite.

Tal vez no tendría problemas en esta entrada, después de todo sólo había hecho once pitcheadas. Y tenía razón, tal vez se esforzó un poco más pero aun así retiró en orden. Mi contador de pitcheadas marcaba diez lanzamientos. Para los que les gusta llevar el box-score, ahí les va la entrada:

Rola a primera base, ponche tirándole y elevado al jardín central.

Nosotros de nueva cuenta nos fuimos en cero.

LA CUARTA ENTRADA

En este inning sucedió algo chusco que por poco nos cuesta el juego.

El primer bateador conectó un roletazo que el propio Ortiz fildeó de un bote. Sin embargo, algo le pasó, todavía no sé qué, pero no pudo sacar la pelota de su guante —eso es algo que a muchos les ha pasado, incluso a mí cuando era jugador—. Para sacar al corredor en primera, Ortiz decidió quitarse el guante y con todo y pelota lo arrojó al inicialista, quien sorprendido lo atrapó. El umpire entre risas marcó el out.

Ortiz estaba tan divertido con esa jugada que se descuidó y los siguientes dos bateadores conectaron batazos muy sólidos. Tan sólidos que estuvieron a punto de volarse la barda; sin embargo, tanto el jardinero central como el izquierdo, con muy buenos saltos, les robaron literalmente los cuadrangulares a los contrarios.

Coatzacoalcos se fue en orden, pero ya le estaban encontrando la pelota a Ortiz.

Nosotros no pudimos anotar en esa entrada.

LA QUINTA ENTRADA

—Estoy nervioso —me dijo Ortiz mientras nosotros bateábamos en la baja de la cuarta—, nunca he tirado más de tres entradas y ya va la quinta.

—Tranquilo.

—Es que si saco esta entrada sin carreras, va a ser juego oficial y puedo aspirar a la victoria.

—Deberías estar acostumbrado a la presión, casi siempre entras con



el juego empatado, o con ventaja de tres o menos y los hombres peligrosos al bat. ¿Cómo está tu brazo?

—Mi brazo está bien, sólo espero que no se canse. Este es un juego muy importante.

—Si veo que tienes dificultades pongo a calentar a un relevista.

—No, yo quiero acabar con el juego.

—Entonces no te presiones. Además piensa que por muy importante que sea este juego, hay cincuenta millones de chinos que están del otro lado del mundo y no te conocen.

Ortiz empezó a reír tan fuerte que casi se ahoga con su chicle, no sé por qué se reía, el chiste era muy malo. El último out de la cuarta baja cayó y Ortiz seguía riendo.

El primer bateador del quinto rollo aprovechó que Ortiz estaba desconcentrado y sacó una fuerte línea que amenazaba con caer de hit. Todavía me acuerdo de la ovación que el público le dio al jardinero derecho por su gran atrapada. Era la tercera vez que el público se emocionaba por el buen fildeo de nuestros outfielders. Eso ya era para preocuparse; decidí ir al montículo y tener una charla con él, al mismo tiempo mandé a calentar dos pitchers al bullpen.

—¿Qué pasa? —me preguntó Ortiz asustado, en verdad no quería salir.

—Te están encontrando la pelota —le hice notar.

—Pero han caído los outs.

El catcher, que también había ido al montículo, le dijo que se le estaba quedando arriba la pelota. Esto en verdad molestó a Ortiz, quien le gritó al catcher:

—Tú encárgate de recibir la bola y yo hago el resto.

Era la primera vez en mucho tiempo que le decían a Ortiz que se estaba equivocando y también era la primera vez que lo veía molesto.

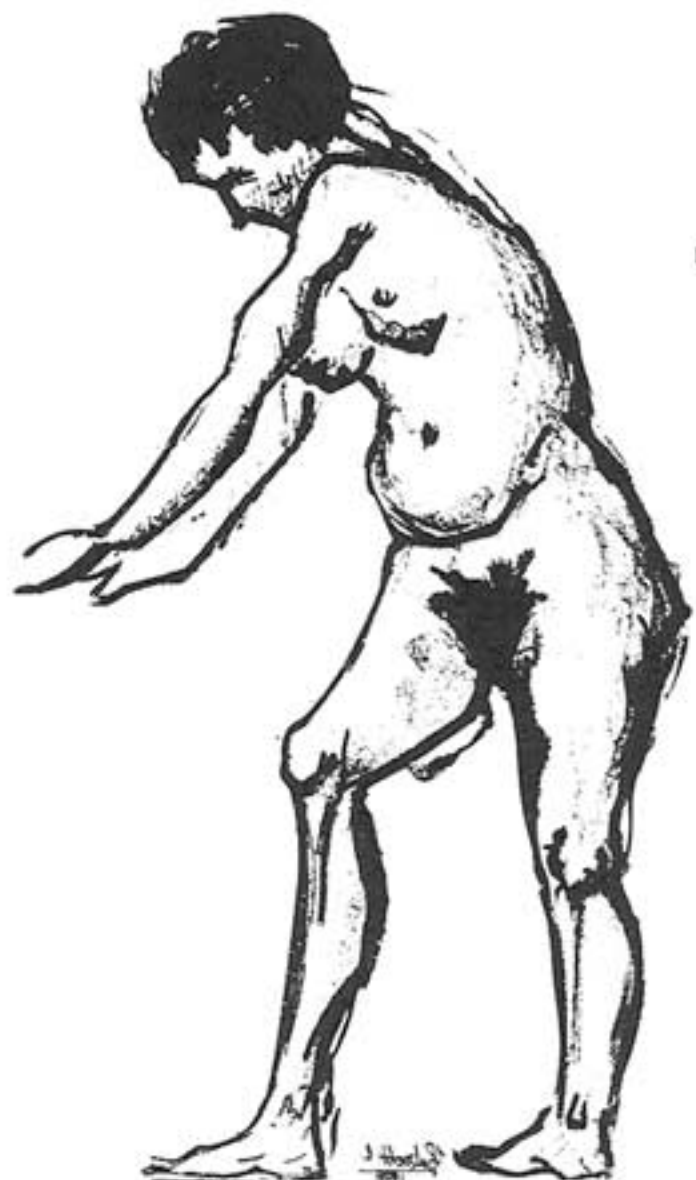
—Calmado—le dije—, por cualquier emergencia ya están preparándose los relevistas.

Casi se ahoga con su chicle, no sé por qué se reía, el chiste era muy malo

Ya no pudimos hablar más, el umpire nos indicó que reanudáramos el juego y regresé al dugout dando por terminada la charla.

La molestia de Ortiz era notoria y los siguientes dos bateadores se poncharon. Tal vez el enojo ayudó, pero no porque les tirara más duro (su bola rápida llegaba a 70 millas por hora —lo cual es muy lento en un pitcher de velocidad normal—, ni qué decir de su bola lenta, ésta tardaba dos entradas en llegar a home), sino porque se volvió más cuidadoso y sus pitcheadas ahora sí quebraron como siempre lo habían hecho.

A pesar de nuestra plática, o tal vez gracias a ella, los Azules se fueron





en orden. Nosotros logramos una carrera más.

Rieleros de Aguascalientes 3, Azules de Coahuila 0.

LA SEXTA ENTRADA

Cualquier pitcher entraría más relajado a lanzar sabiendo que su equipo le acababa de dar una carrera más de ventaja. Ortiz en cambio seguía enojado, no sé qué pasaba por su mente, pero algo le estaba molestando.

—Eso es fácil de explicar.

—¿Qué haces Ortiz?, ésta es mi narración.

—Voy a explicar por qué seguía molesto.

—Está bien, narra tú el resto de la historia.

Para empezar les diré que cuando saqué el último out de la quinta entrada señalé al coach de pitcheo y le dije "Aún puedo dar más", el catcher me oyó y me respondió que no fanfarroneara e hiciera mi trabajo. No sólo eso me molestó; además seguían calentando en el bullpen los dos relevistas. Tal parece que no me tenían confianza. Le indiqué al mánager que podía guardar a los relevistas, que yo iba a terminar el juego, pero él me señaló que no quería arriesgarse. El coraje que me provocó eso, me motivó.

Además, yo estaba esperando a que llegaran unas personas, y ya estábamos abriendo la sexta y aún no se aparecían por el parque (eso lo narró el coach en la

segunda entrada, y lo sabía porque después yo se lo dije).

Aparte, no sé qué bromista le dijo al del sonido local que en vez de poner "Transilvania" pusiera otra canción. Y el desgraciado escogió "La Patita". Eso fue suficiente para que en cinco lanzamientos, modestia aparte ahora puedo decir que fueron muy buenos, retirara la entrada. Rola a segunda, rola al short y foul al catcher.

Para variar, Rieleros se fue sin anotar.

LA SÉPTIMA ENTRADA

Recuerdo la primera vez que me enamoré, no en la adolescencia, esas no cuentan, sino cuando me enamoré siendo un hombre, un hombre joven, sólo tenía 18 años. Dios mío, ella era preciosa, yo todavía no jugaba beisbol profesionalmente, seis meses después de este suceso debutaría en la Liga Central, en la sucursal del equipo en Zacatecas. Al principio no me atrevía a hablarle.

—¿Ortiz, esto qué tiene que ver con el juego?

—Déjame contar las cosas a mi modo.

—¿Dónde estaba? Ah sí, en esta silla. Como les decía, yo era muy tímido y no me atrevía a decirle ni siquiera hola, ya no digamos confesarle que me gustaba. Un día sin embargo, por pura suerte, tuvimos la oportunidad de charlar un rato. Nos encontramos en un microbús. No he aclarado que yo a ella la había visto en la escuela, pero

como les iba diciendo, ese día en el microbús empezamos a platicar y al poco rato ya quería besarla. No lo hice porque era muy prematuro. Además no parecía que yo le gustara.





Sin embargo, los siguientes días empezamos a llevarnos peor. Si nos encontrábamos en la escuela, platicábamos durante varias horas. Perdí muchas clases por su culpa, pero eso no me importaba. Con el tiempo nos hicimos muy buenos amigos. A ella le dio mucho gusto cuando me aceptaron en el try-out para el equipo de Zacatecas. Iba a verme a todos los juegos en los que yo tiraba, y cuando me hicieron relevista, asistía a todos los partidos del equipo porque no se sabía en qué momento podía entrar a lanzar.

Sin embargo, ella era muy distraída para las fechas, y aunque la invité y le recordé varias veces que el viernes, no digo cuál de todos, era mi cumpleaños, no fue. Después me enteré que ese día estaba con mi mejor amigo, quien tampoco fue a la fiesta —a decir verdad nadie fue a verme en mi aniversario de natalicio—, en un hotel de paso. Yo había hecho planes para declarármelo en la fiesta, pero no contaba con que esa noche ella conocería lo que es el sexo.

Al día siguiente, cuando me contó lo que había sucedido, yo le recordé que había sido mi cumpleaños. Apenas me dio un abrazo. No sé de dónde saqué fuerzas para abrirla mi corazón, ni por qué lo hice (siempre he sido muy inoportuno), pero le confesé lo que sentía y traté de besarla. Ella se limitó a responder que yo era un niño muy tierno —qué se creía, ya había cumplido diecinueve— y que por favor no insistiera más, porque no quería perder esa imagen de mí. Después de eso, me dejó de hablar, y

cuando la buscaba se negaba. Desapareció de mi vida.

Dos años más tarde, supe que tomó esa decisión para no herirme. Pero a mí me dolió más el que ella ya no fuera parte de mi vida, aunque sólo me viera como a un amigo.

Narro esto porque era lo que estaba pensando cuando me enfrenté al primer hombre de la séptima. En cuenta de tres y dos lo ponché con un sinker que lo engañó por completo.

Después de ese incidente decidí no fijarme nunca más en una mujer. Yo estaba pensando seriamente en hacer carrera en el beisbol. Mi padre reaccionó de manera favorable ante mi decisión. Me dejó de hablar y me corrió de la casa (pudo haber sido peor, al menos no me pegó). Eso fue probablemente lo más duro a lo que me enfrenté en la juventud. Debido a que él decidió no apoyarme, yo tuve que irme a vivir con mis abuelos maternos.

Ni siquiera cuando firmé un contrato con el equipo grande —los Rieleros—, después de haber jugado en sucursales y de prepararme durante un año en el Centro de Desarrollo de Beisbolistas en El Carmen, Nuevo León, me perdonó.

La última vez que lo vi, antes de irme a vivir a Aguascalientes, dijo que estaba desilusionado de mí, que él no había engendrado a ningún pelotero, y que si quería ganarme su perdón, escogiera entre el beisbol y él. Ya se imaginan qué escogí, y no me arrepiento.



Eventualmente él y yo nos reconciliamos. (Para ser más exacto, ayer, diez años después del partido que estamos contando ahora.)

El segundo bateador de la séptima batalló bastante con mis lanzamientos, pero finalmente se fue dominado en un globito al short stop.

Mentiría si dijera que no tenía amigos en Zacatecas. Sí los tenía y no sólo hablo de Linda y de Javier, los fulanos de quienes les conté hace dos outs, sino de mis vecinos Alvaro y Ana.

Mi padre dijo que si quería ganarme su perdón, eligiera entre el beisbol y él. Ya se imaginan qué escogí

Ellos son gemelos y con una cara tan fea que no sabíamos si eran vegetales o minerales.

Los tres crecimos juntos, bueno ellos crecieron más que yo. Compartimos muchas cosas: navidades, cumpleaños (menos aquel en que nadie fue) y la pubertad (Ana fue la primera en tener barba). Yo los quería como si fueran de

mi familia, y por eso me desilusioné tanto cuando no me apoyaron con un problema escolar que tuve.

Estoy consciente de que ellos no tenían ninguna obligación de auxiliarme, pero me decepcionó la forma en que declinaron brindarme su apoyo. Para mí era muy fácil haberles puesto cualquier pretexto para obtener su ayuda y así librarme del problema. Pero preferí ser honesto. Tal y como fui educado.

Los doble A, así les decían en el edificio, en un principio accedieron a ayudarme. Después cambiaron de opinión. Todos tienen derecho a hacerlo, pero nunca me avisaron. Y no sólo fue eso, sino que además se escondieron de mí. Se negaban por teléfono, o me colgaban si ellos eran los que me contestaban. Cuando iba a su casa no me recibían.

Lo peor no fue eso. Lo que en verdad me molestó fue que mi papá se negó a darme la razón. Él me dijo que yo era quien había cometido la falta al querer aprovecharme de su amistad. Yo le hice notar que había obrado con honestidad, que nunca les oculté nada, que para mí era muy fácil engañarlos para que me ayudaran sin que se dieran cuenta. Pero él siguió en las mismas. El traidor y el que debía de disculparse era yo. Ellos no tenían por qué soportar mis problemas.

En tres lanzamientos, tres bolas rápidas (a 70 mph, para mi fuerza eso ya es rapidísimo), liquidé el último tercio de la entrada de la suerte. Mis compañeros, en cam-



bio, colocaron tres corredores en los senderos, pero el lanzador de los Azules apretó el brazo y no pudimos anotar.

LA OCTAVA ENTRADA

Antes de que se aburran con el pasado de Ortiz, les voy a hacer un favor, y ahora yo voy a narrar lo que resta del juego.

Ese día yo jugué en la posición número dos, catcher. Yo era el que llamaba las pitcheadas que Ortiz tiraba, y sabía perfectamente qué le estaba funcionando y qué no.

En el dugout, estábamos conscientes de lo bien que estaba tirando, a pesar de sus descuidos en la cuarta y quinta entradas. Alvin, quien era el pitcher programado para lanzar en Coatzacoalcos, en caso de que hubiera un sexto juego, me señaló algo de lo que ya me había percatado.

Después de la plática en el montículo, los lanzamientos de Ortiz mejoraron notablemente. Le comenté al "jefe" lo que Alvin y yo percibimos y, para que Ortiz se molestara un poco, el "jefe" mandó al bullpen a un zurdo y a un diestro.

Cuando Ortiz notó esto, me indicó que no sabía por qué ponían a calentar a los relevistas. Él no se sentía cansado y podía seguir (claro que no estaba cansado, sólo tenía 23 años, casi era un niño, a esa edad uno no se cansa).

—A lo mejor tiene miedo de que



te lesiones y en cualquier momento te releva —le hice notar.

—Con lo bien que estoy tirando —presumió Ortiz.

—No seas tan soberbio, has estado haciendo un esfuerzo mayor al de siempre, en cualquier momento te puedes cansar el brazo, o peor, lastimarte.

—Todavía tengo fuerza.

—A lo mejor deberías empezar a tirar bolas submarinas.

—¿Por qué?, mis demás pitcheadas están funcionando.

—Pero te ves muy amanerado cuando tiras por debajo del brazo, danos chance de reír un rato.

El último out de la séptima baja cayó y salimos al campo. A Ortiz no le agradó que le dijera eso, y en sus ojos, mientras tiraba sus ocho lanzamientos de calentamiento, se veía que estaba muy molesto.



Si alguna vez han visto un juego de beisbol, ya sea por tele, o en el estadio, habrán notado que cuando el pitcher realiza su último disparo de calentamiento, el receptor (en este caso yo) lanza la bola a la segunda base. Esta vez no lo hice. En vez de eso, fui trotando al montículo y se la di a Ortiz en la mano, a la vez que le dije:

—¿Sabías que en una revista médica dicen que comer un chocolate le produce al cerebro la misma sensación que el tener relaciones sexuales?

—¿Y a mí qué me importa? —respondió Ortiz sorprendido.

—Es que desde hace tiempo he notado que tienes muchos granos en la cara.

Eso fue más que suficiente. Los bateadores de los Azules no le encontraron la pelota. Y por primera vez en el juego, Ortiz logró un scond de ponchados, dos de ellos tirándole, mientras que el tercero vio pasar el último

strike. Estábamos ya a una entrada de la victoria.

PARTE BAJA DE LA OCTAVA ENTRADA

El marcador se encontraba tres a cero a nuestro favor. Ortiz estaba lanzando el mejor juego de su vida, pero teníamos que darle una mayor ventaja. El sonido local, para animar al público, tocó el tema "Rock and roll 2" y los fanáticos se unieron a la canción con sus gritos. El ambiente era el indicado y ahora, ante un nuevo pitcher de los Azules, teníamos que timbrar más carreras.

Abrimos la entrada con un triple, después yo conecté un elevado al jardín central y, en pisa y corre, el corredor de tercera anotó la cuarta carrera. Después de un sencillo, una base intencional y un ponche, un doblete de nuestro mejor bateador impulsó dos más. El siguiente hombre fue dominado en rola a las paradas cortas.

Nuestro rally fue de tres carreras.

La tirilla ahora marcaba lo siguiente.

	123 456 789 C H E
AZULES	000 000 00 0 0 0
RIELEROS	200 010 03 6 8 0

LA NOVENA ENTRADA

Era hora de terminar el juego. La fuerza de la costumbre hizo que nuestro mánager le dijera a Ortiz "ve y gánate otro salvamento". Ortiz, divertido por el error de nuestro "jefe", soltó una risita que podía amenazar su hazaña y el campeonato.

Para asegurarme de que esto no sucediera me le acerqué y le dije:

—Por ahí dicen que tu hermana se ha acostado con todo el infield del equipo.

—¿Quién dijo eso? —reclamó Ortiz ofendido.

—Tranquilo, sólo son rumores.



—¿Entonces por qué me lo dices?

—Perdóname, creí que ya lo sabías.

—No te preocupes.

—Yo no creo que eso sea cierto, tu hermana es muy fea. Nadie tendría deseos de dormir con ella.

¡Playball!

Estamos por presenciar los últimos outs del juego. Los más emocionantes. Oigan el ambiente en el estadio, la gente aplaude la canción de Ortiz, mientras éste realiza sus disparos de calentamiento. Ya está listo y se prepara para concluir con el juego.

El mánager de los Azules ha mandado a un emergente a la caja de bateo. Se trata del venezolano Archibaldo Montes. Ortiz toma la señal del catcher, lanza, bola uno. Se quedó un poco arriba. Ya viene el pitcher, presenta la bola, dispara, roletazo a la tercera base. A guante volteado toma el antesalista la pelota, tira a la inicial, y por la ruta sesenta y tres cayó el primer out. Sólo faltan dos outs para que todo termine, y el mánager de Coatzacoalcos sigue moviendo sus piezas. Ahora trae a un zurdo para enfrentar al diestro de tan sólo veintitrés años, Ortiz. Se trata del número treinta y uno, Óscar Cervantes.

Se prepara Ortiz, rechaza una, dos señales, ahora sí acepta. Presenta la pelota, dispara, strike, Cervantes aguanta todo el camino y deja pasar esa curva. Ortiz hace contacto con la placa, lanza, strike dos, ¡Dios mío!, ese strike lo dejó sorprendido y ya lo tiene donde él lo quiere. Ahora Ortiz rompe el contacto con la placa de pitcheo, toma el saco de brea y ya está listo. Realiza su wind up,

pelota submarina y abanica el tercer strike.

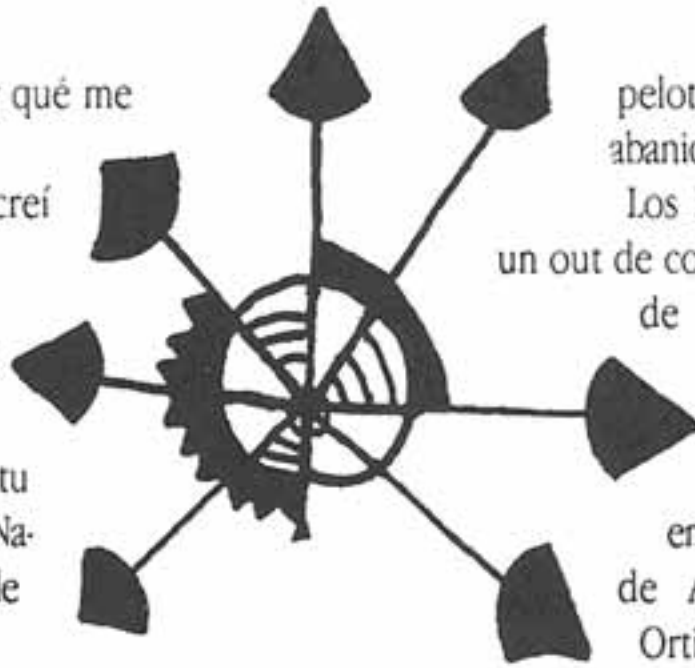
Los Rieleros están a un out de conseguir el título de monarca de la Liga Mexicana.

Parece que viene otro emergente, se trata de Alvaro Narváez. Ortiz tira, abajo y afuera, ese tirabu-

zón desarrolló demasiado. Alta, dos y nada la cuenta para el bateador. El receptor pide tiempo y va a platicar con su pitcher. Por si las dudas, el mánager ya tiene listos a dos posibles relevistas, aunque dudamos que en estos momentos sustituyan a Ortiz, la ventaja es de seis carreras, además de que ha realizado una labor inmejorable.

—¿Qué estás haciendo?, puedes tirar mejor que eso.

—Discúlpate por lo que dijiste de mi hermana.



—Yo sólo dije la verdad.

—Ella no está fea.

—¿Cómo?, pero si se parece a ti.

Ha terminado la plática en la lomita. Ortiz toma la señal de su catcher, es una recta, Narváez conecta un elevadi-

juegos, y que apenas está en su segunda temporada en la Liga Mexicana, nos iba a regalar esta maravillosa actuación.

DESPUÉS DEL JUEGO

En cuanto el primera base atrapó el globito, todos corrieron para celebrar. Se abrazaron. Los fotógrafos los rodeaban con los flashazos de sus cámaras. Era un sueño que por fin realizaban. Eran campeones otra vez. Después de tanto tiempo, los Rieleros de Aguascalientes conseguían otro gallardete.

A la altura de la segunda base se levantó el podio para que el presidente de la Liga les hiciera entrega del trofeo. Los Azules poco a poco se iban a los vestidores. Los Rieleros celebraban, pero el héroe del partido no estaba en ese momento con ellos. En cuanto cayó el último out, y el resto del equipo saltó al campo de juego, Ortiz evadió a sus efusivos compañeros, tomó un bat y se fue a los vestidores, donde se dedicó a golpear los cascos, pelotas, casilleros, bancas y todo lo que tuviera a la mano.

El pitcher Ortiz estaba lanzando el mejor juego de su vida, pero teníamos que darle una mayor ventaja

to por la inicial. Esta podría ser la última jugada del año. El primera base busca la pelota, está en terreno de foul. ¡La atrapó! Los Rieleros de Aguascalientes son los nuevos campeones de la Liga Mexicana. ¡Qué final de serie! Ortiz nos ha regalado la máxima hazaña a la que un pitcher puede aspirar, ¡un juego perfecto! Los hidrocálidos ya saltaron al terreno de juego para celebrar el título y la joya de pitcheo del novato Ortiz. Quién iba a pensar que este jovencito, que no está acostumbrado a abrir



En la noche, el encargado de la utilería del equipo le informó al mánager la manera en la que Ortiz se desahogó. El timonel de la escuadra rielera sólo pudo decir:

“El día que éste pierda la virginidad, nos quedamos sin pitcher”